

Nimiedades

¡Calor! Aquel verano fue como si el infierno hubiera abierto sus puertas. Era un calor sofocante, como el que sufres en una sauna, o el que te toca aguantar un día, en hora punta, en el metro. Respiras a partes iguales el aliento estancado de una señora con déficit de higiene bucal y el alerón poblado del friqui que lleva sin cambiarse de camiseta desde la última convención de manga.

Aquella mañana se esperaba que un frente del Atlántico empujara la masa de calor sahariano y dejara entrar una brisa fresca, pero la temperatura seguía rozando los treinta y ocho grados y todavía no había llegado a su pico. En una ciudad como Madrid, con miles de aires acondicionados zumbando, expulsando aire turbio, sumado al efecto pantalla del asfalto, salir a la calle es cosa de ciencia ficción.

Pero yo no tenía calor. Puede parecer algo inverosímil, y lo sería si no fuera por el hecho de que me faltan kilos por todos lados. Me había comido todas las reservas que un cuerpo sano utilizaría para calentarse. Así que, en cierto modo, me gustaba estar arropada por esa lengua de diablo.

Desde la ventana de mi habitación veía cómo la ciudad transpiraba. Solo un loco se atrevería a pasear por una acera sin sombra. Entonces pensé: «Podría tirarme por la ventana, estrellarme los sesos contra el suelo y nadie se enteraría». Sería rápido. ¿Indoloro? Quién sabe, no ha habido nadie que vuelva de entre los muertos para darnos detalles. Sin duda alguna, era más fácil que consumirse lentamente hasta el paroxismo de la propia existencia. Poco después de sugerirle esta idea a mi madre, me ingresaron en el área de psiquiatría infantil del Hospital Niño Jesús. Podrían decir «menores», la palabra infantil me parece una ñoñería, teniendo en cuenta que la media de edad en esa área rondaba los quince años. Yo tenía dieciséis. Las semanas que había pasado hospitalizada en contra de mi voluntad habían despertado las pequeñas cucarachas que correteaban por la cabeza, dejando un sucio rastro. Apuntaba todo lo que sentía en un cuaderno de tapa negra, una de las pocas cosas que me habían dejado llevarme antes de ingresarme.

Un día, justo antes de que me dieran el alta, tuve un encuentro de lo más peculiar.

A mi parecer, salir de allí sin estar completamente curada era una decisión algo arriesgada. Todavía no llenaba la talla 36 y mi mente proyectaba sobre la realidad un espectáculo de luces y sombras, donde a veces mi psicóloga era un ser lleno de luz y bondad; y otras, por contra, una loba intransigente. Pero según ellos, estaba «estable».

Recuerdo el sol, la brisa, el aire meciendo a los arbustos del patio interior. A menudo, cuando los médicos nos dejaban, hacíamos la merienda fuera de la sala de pediatría. Había engordado —sí, engordado— unos cuántos kilos, nunca sabíamos el número, pero lo notaba en el trasero. Cuando se te descuelga la carne de las nalgas hasta el punto de parecerse a un culo octogenario, sabes que has llegado a un punto crítico. Así que ver un glúteo con forma de medialuna en vez de una triste planicie no fue especialmente traumatizante. Lo duro estaba en las comidas, en las copiosas, las grasientas y azucaradas. Una terapia de choque para quien seca la grasa de la pizza con una servilleta de papel y hace sentadillas a escondidas, detrás de la puerta. Merendar unas galletas Fontaneda, un yogur azucarado y terminar con un suplemento hipercalórico suponía doblegar mi orgullo y mi enfermedad. Alejarme del sendero de la muerte.

Trasasé las puertas que daban a ese pequeño jardín, todavía dentro del hospital, con mis padres detrás, custodiando en una bolsa de plástico la bomba calórica que iba a tener que tragarme en pocos minutos. Como siempre, llevaba mi cuaderno de tapas negras para apuntar todos los pensamientos oscuros que zumbaban a mi alrededor. Dispuesta a encontrar un banco donde sentarme a vomitar todo mi odio y consternación hacia el tratamiento para llevarme a la normalidad, al normopeso, a la casilla de salida, en vez del saco de huesos, estéril y moribundo que era, me topé con mi escritor favorito.

Enrique J.P. era un novelista español de largo recorrido en la sombra, solo conocido en los pequeños círculos de lectores empedernidos. No escribía para las masas, escribía para él. Y para los que veíamos el mundo como él, con ojos pesimistas. Me gustaba cuando sus personajes se enfrentaban a problemas cotidianos y cómo muchos de ellos, a pesar de luchar lo indecible por superar las desgracias, caían en el intento. Se centraba en el perdedor, en el final alternativo, el que los *best-sellers* rechazan porque su público espera un «fueron felices y comieron perdices». Enrique no

era realista; era naturalista. Plasmaba fotografías dolorosas de niños que se perdían y jamás eran encontrados, de incendios en donde irónicamente lo único que quedaba con vida era la voz de Aura Domotiks, la inteligencia artificial; también de ancianos olvidados que solo vivían en el recuerdo de unos gatos callejeros a los que solían alimentar. Sus relatos de *Lo inexorable* eran mis preferidos y gracias a ellos, mis desgracias parecían menos cuando llovía tanto sobre el tejado de sus antihéroes.

No lo dudé y me acerqué por el camino de gravilla hasta donde se encontraba. Todo pasó muy rápido, estaba eufórica. Me presenté, lo ensalcé como un cristiano acérrimo alaba a Jesucristo y le pedí un autógrafo. Enrique también tenía su cuaderno y su propio bolígrafo —evidentemente, la inspiración puede llegar en los momentos más inesperados—, así que escribió con su propia tinta negra sobre mi cuaderno. Su mundo fluyó por el mío. Cuando terminó, le di las gracias, giré sobre los talones y volví rápidamente con mis padres, que acababan de llegar al jardín.

Busqué un lugar poco transitado, lo más lejos posible del olor a desinfectante y las paredes blancas; cerca del aroma floral del Parque del Retiro. Nos sentamos los tres en un banco, mi padre me dio una galleta y mientras me la comía, busqué la dedicatoria entre las páginas. Su firma iba acompañada de un mensaje que rezaba lo siguiente:

«Cuando acontece la ausencia de palabras, de recuerdos y de tu propia existencia en los ojos de quien te quiere, dejas de existir.

El resto son nimiedades».

Enrique J.P.

Busqué con la mirada por todo el jardín, y a lo lejos vi a Enrique, de espaldas, acompañando a una mujer. Aunque estaban a una distancia generosa, pude fijarme en algunos detalles que antes, con la excitación del momento, había pasado de largo. Parecía exhausto, tenía los hombros caídos, el pelo lacio. La mujer caminaba despacio. De tanto en tanto, se paraba a un lado para mirar los arbustos. Su rostro estaba salpicado por unas feas quemaduras pero, aun así, era bella.

Tuve la impresión de que ella no estaba realmente ahí, veía a través de las plantas, a través del ladrillo del hospital, a través de él. Estaba... ausente. Aquello era un cuerpo vacío. La forma en la que él esperaba paciente, mientras ella analizaba todo con

la mínima expresión, cómo iba desde los arbustos, al cielo, y luego a la fachada, para terminar con Enrique, me rompió el alma. Mi escritor favorito era un elemento más del entorno. Para esa mujer, bien podría ser una farola. No lo reconocía.

Sentí un nudo en el estómago y el llanto, como una pelota de tenis, a punto de precipitarse por la garganta. Sin embargo, me giré hacia mis padres y los abracé durante unos instantes, en completo silencio. Por primera vez, en todo el verano, sentí calor, un fuego que nacía de dentro y se extendía por mis extremidades atrofiadas. Los abracé aún más fuerte. Quería que se fundieran conmigo. O fundirme yo con ellos. Luego me entró hambre, un hambre voraz, que había olvidado. Me rugieron las tripas como a un recién nacido. Traté de pedirles una galleta, pero de mis labios solo salieron las mismas palabras, una y otra vez, en un precioso bucle: «¡Os quiero! ¡Os quiero!». Aquello que teníamos era lo realmente genuino e importante. El resto de los problemas eran, por supuesto, nimiedades.